



I CERTAMEN DE  
RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



**SEGUNDO PREMIO**

**Título: EL ÚLTIMO AMANECER**

**Autor: Victoria Trigo Bello**





## Sobre la autora...

### **VICTORIA TRIGO BELLO**

Nacida en Zaragoza el 16 de Noviembre de 1959

Realizó cursos de Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza y ha sido alumna de talleres literarios. Ha publicado diversos artículos en prensa y en revistas de colectivos culturales aragoneses. Ha obtenido premios de relato, poesía y literatura epistolar amorosa dentro y fuera de España. Es autora de guiones para video-documentales del alto Aragón. Es aficionada al senderismo y a la fotografía y gran defensora del medio ambiente. Estudiosa de tradiciones aragonesas, ha participado en jornadas culturales en diversos puntos de su comunidad autónoma y también en programas de radio de contenido literario.



Desde 2007 es alumna de cursos literarios a distancia y varios relatos suyos forman parte de publicaciones compartidas con otros escritores. Ha corregido, prologado y presentado libros de otros autores y también ha formado parte del jurado de concursos literarios. Ha sido antologada como microrrelatista (La Logia del Microrrelato – Editorial Talentura – 2013)

En noviembre de 2018 publicará su primer libro de relatos titulado **ME ENTERO DE TODO** (Editorial Comuniter), relatos de niños que **NO** son para niños, con protagonistas infantiles como testigos de realidades que los adultos tratan de ocultar.

A través de Facebook puede seguirse su opinión de la actualidad y conocer sus crónicas de recorridos por la naturaleza.



# **EL ÚLTIMO AMANECER**

**Victoria Trigo Bello**

## EL ÚLTIMO AMANECER

### *Modalidad General*

Tras aquel alumbramiento no nació nadie más en el valle. Fue un parto muy malo que dejó estéril a la madre y causó tal impresión que, según contaban, quizás contagiara de infertilidad a las mujeres que allí quedarán en edad y circunstancias para embarazarse. Después de muchas horas en dolores de aquella primeriza, el feto no salía por su natural y ni partera de agua caliente ni médico de maletín torturador se hacían con el caso. No cupo otra solución que forrarla de mantas y bajarla al hospital -que en aquel durísimo enero distaba varios mundos del pueblo-, utilizando una escalera como bastidor de una improvisada camilla. Los hombres iban abriendo paso con palas en aquella nieve férrea que les aislaba desde la semana anterior...

En la carreta que esperaba abajo, donde el sendero de herradura desembocaba en una pista, exhaustos la parturienta y sus acompañantes, por fin le dio al crío por nacer. Era pálido, blandengue de encarnadura, y algún santo se pondría de su parte para haber superado sus primeras semanas, pues a punto estuvo de convertirse en un ángel de féretro blanco. Pero al cumplir un año, echó el mal pelo, le salieron dientes, le crecieron risas, se convirtió en un niño de ojos vivos y atentos, su piel tomó color de carne humana y pasó a ser una criatura rolliza. La mujer del médico, madrina de la criatura, comentó un día que su ahijado estaba tocado por la gracia divina y el mosén, que no andaba muy contento con los rácanos donativos de aquella beata de reclinatorio tapizado, se apresuró a decirle que se abstuviera de mezclar a la divinidad en sus exageraciones.

Cuando el chaval tenía seis años, el médico y su aspaventera esposa ya no estaban allí. Él se había jubilado y se buscó mejor destino para la vejez, para olvidar los

trayectos a caballo, o sobre lo que se pudiera, a horas intempestivas y por lo general, con prisa. Porque cuando iban a llamarlo desde otro sitio, sobre todo en aquellos inviernos eternos, más que a casa del médico había que ir a la del cura, porque casi siempre la cosa había llegado muy lejos. Ya no hubo otro médico y a partir de entonces hubieron de arreglárselas con el que quedaba a más de una hora a pie.

En el pueblo, ya iniciada la decadencia que desembocaría en su desaparición, aún había escuela y sacerdote. El segundo vivía en la casa a él asignada, atendido por una casera, cotilla de latines vulgares y agua bendita, que controlaba avaramente hasta la última gota de cera que allí se consumiera. ¡Y como a cualquiera de los monaguillos se le ocurriera tan siquiera estornudar durante los rezos, o no estuviera atento a dar el toque con la campanilla, ya podía prepararse a afrontar la mirada de bofetón de aquella mujer a quien nunca jamás se vio sonreír! Un chico que una vez derramó sobre los corporales un poco de vino, afirmaba que hubiera preferido un cachete del mosén allí mismo, al sonrojo que pasó. Y es comprensible el embarazo del chaval al sentir la losa de las pupilas de aquella mujer tan seca, clavada de rodillas en una esquina del primer banco, con las manos anudadas entre sí, apuntalando el mentón pinchudo, conteniendo una rabia inclasificable –acaso por algún amor fallido- que le corroía el tuétano, apretando las mandíbulas para lanzarle los peores dardos que proyectaran sus ojos avinagrados, como si ella fuera la embajadora del juicio final.

Cuando uno de aquellos inviernos ya remitía, se recibió en el valle el aviso de la visita en días inmediatos de unas autoridades varios escalafones por encima de las municipales. Para los de tan alto rango, aquellos rústicos escenarios eran apenas unos nombres en unos planos que ellos, en sus despachos, habían llenado de marcas y anotaciones: la zona había quedado declarada de interés para la repoblación forestal. Era preciso, pues, proceder a la expropiación de terrenos, es decir, que los vecinos iban a

El último amanecer

poder cambiar por dinero en efectivo aquellos raquítricos huertos colgados del abismo que con azada y mano encallecida habían domesticado sus antepasados. Las casas y las eras próximas a los núcleos poblacionales continuarían siendo propiedad de sus amos. Aquello era una operación denominada “comprar a coto redondo”.

Al alcalde del ya único Ayuntamiento que englobaba a los nueve pueblos del valle, hombre más dado a la conversación que a doblar el riñón, se le ocurrió que para congraciarse con aquellos egregios visitantes que portaban la bolsa del oro, habría que prepararles un recibimiento en condiciones, para que vieran que los de allí no eran una cuadrilla de destripaterrones y desgraciados dispuestos a entregar todo a cambio de calderilla. Parte de ese agasajo de bienvenida sería recitar una poesía. De entre los críos, que ya no serían más allá de veinte sumando los menores de catorce años de todos los pueblos, consideró que resultaría más simpático el menor de todos, el de seis años, que como ya ha quedado dicho, era el último nacido en el valle.

En su casa, el padre se sintió muy orgulloso de que su hijo hubiera sido elegido para tal misión. La madre, en cambio, se preocupó pensando qué ropa le pondría para ese acto, pero como era muy apañada, aprovechando un pantalón que le prestaron y la chaqueta de un primo de la capital, le compuso un conjunto bastante aceptable. Por las noches, al volver de encerrar las vacas, el padre repasaba con el crío los versos de un velero bergantín que el neo-rapsoda repetía memorizando con suma facilidad aquel galimatías de cañones, vientos y velas, acompañado de gestos de exagerada teatralidad.

El chavalillo hizo una buena dramatización. Los paisanos, con la muda limpia y la boina en la mano ellos, y ellas, también con ropa dominguera y con mantillas escuchaban extasiados sin perder detalle y sin entender ni un acento. Lo de las mantillas, aunque muchas iban con alpargatas de diario –quizás el único calzado que

tendrían-, fue porque no quisieron contrariar a la mujer del alcalde, que les dijo que eso de cubrirse la cabeza sería de buen tono.

Cuando finalizó el poema –el crío no se trabó al pronunciar bergantín-, los locales lo aclamaron como si se tratara de un héroe libertador enviado de los cielos. Los serios representantes del Plan de Repoblación aplaudieron embarazosamente, confundidos tras aquel numerito que, no sabían a santo de qué, les habían puesto delante de las narices. El alcalde, para concluir aquel engendro, se dirigió engolado a los forasteros reseñándoles que si el más pequeño había mostrado tal sabiduría, qué no serían capaces de hacer los adultos, de modo que les recomendaba que anduvieran por las buenas, porque allí podían hacer un trato satisfactorio para todos, pero que en cuanto sospecharan que les querían tomar el pelo...

Uno de los del Patrimonio le interrumpió espetando que allí no había nada que negociar, que no confundiera aquello con una subasta en una feria, que la decisión estaba ya tomada, firmada y rubricada por quien tenía potestad para ello y que simplemente habían ido a informar de las condiciones para quienes desearan acogerse a lo que se había previsto, “algo realmente generoso para con pobres gentes como ustedes”, matizó.

La mayoría de los allí presentes, expresaron sin disimulo ni cortapisas su deseo de vender todo cuanto antes, pues asumían que con compensación o sin ella, habría que salir de allí, sobre todo pensando en los jóvenes. Otros, curiosamente los más pobretones, se negaron confiando en que su oposición conseguiría elevar la oferta que para ellos suponía renunciar a buena parte de lo que hasta entonces había sido su todo, un todo famélico, pero en el que cabía su mundo por completo. Pero fueron tan pocos los que rehusaron adherirse a la propuesta –una propuesta con más carácter de imposición que de sugerencia- que los del Patrimonio no aumentaron ni un céntimo

El último amanecer

más. En pocas semanas se zanjó pacíficamente aquella transacción de consecuencias irreversibles que, salvo raras excepciones, todos deseaban y necesitaban, incluidos los foráneos dictadores de cuello tieso, que tenían ganas de dar carpetazo al asunto sin andarse con muchas puñetas. La historia del valle, se adentraba en el itinerario sin retroceso del nunca jamás.

Cuando un tiempo después, a la vista del éxodo que les cercaba, aquellos minoritarios aldeanos tan apegados a las raíces quisieron también vender lo suyo -y ya lógicamente sin ninguna aspiración de mejorar las contraprestaciones iniciales-, el Patrimonio respondió que ya había cubierto sus objetivos y que no estaban interesados en comprar unos cuantos palmos de tierra más. “Esa tierra, ahora, se la guarden en una maceta” les dijo un funcionario.

-----

Desde aquello del chiquillo declamando el poema en honor a los emisarios de la expropiación, el maestro y el cura -ambos próximos a marchar también del valle-, coincidieron en opinar que ese crío era listo y vivo como el hambre y que de él se podría sacar mucho partido si se le diera la oportunidad de estudiar. Los padres, que eran de los que no vendieron la hacienda al Patrimonio, se resistieron dos o tres cursos a aceptar separarse de su único hijo, pero cuando la última maestra, -a quien ya antes de que pusiera el pie allí se sabía que nadie más sucedería en la docencia-, se fue del pueblo dos meses antes de finalizar las clases, aborrecida por tanta escasez de medios y la amargura de una forma de vida incompatible con su jovencísimo título, comprendieron que había llegado el momento de pensar en sacar al hijo de allí, pues la alternativa de que continuara escolarizado en la aldea más próxima -igualmente sentenciada a ver cerrarse la escuela como preámbulo inequívoco de que todo lo demás también concluiría-, representaba una agonía prolongada e incrementada con una hora matinal de



trayecto diario por un camino de herradura, repetida al atardecer para regresar a casa. Total, todo ese trajín de idas y venidas para volver a estar igual un año o dos más tarde, cuando esa otra escuela también desapareciera. Ya no cabía más opción para aquellos padres, que dejar a su más preciada semilla crecer fuera del núcleo familiar.

Don Calixto, antiguo secretario del concejo cuando el lugar tenía Ayuntamiento propio y que, además, era amigo de la familia porque los abuelos del muchacho le dieron acogida cuando fue destinado allí con la oposición recién aprobada –y permaneció allí hasta que le surgió una poltrona influyente en el llano desde la que gestionar favores y recomendaciones-, se ocupó de los trámites para solicitar la beca. Esa beca significaría el pasaporte para que el muchacho saliera de aquella asfixiante austeridad. El próximo curso, el chico ingresaría interno en los frailes. Allí se haría un hombre de pro, como si en vez de haber nacido en aquel paraje desheredado de futuro, lo hubiera hecho en un entorno de esos que se entendían como normales para el progreso. Al pueblo volvería en vacaciones... y cuanto menos mejor, para que no se apartara mucho del ambiente intelectual y de urbanidad que le rodearía a partir de entonces.

Los últimos niños y niñas del pueblo, no más de cuatro o cinco, todos ellos con graves irregularidades de escolarización, alumbraron brevemente con sus travesuras los rincones del verano de aquella naciente década de los sesenta en esa aldea sin porvenir. Más que críos y crías, parecían fantasmas en miniatura con sus juegos por las eras -cada vez más inutilizadas- y por la plaza que se resentía de la galopante soledad. El campanario se izaba como bandera rota, como mirador sobre la nada creciente, como faro que hubiera perdido su sentido en un mar de buques hundidos, la puerta del concejo, podrida de moho, dejaba pasar todos los vientos a través de sus bisagras

El último amanecer

desgajadas, la balconada de la abadía apenas sostenía su vuelo en los frágiles soportes del porche carcomido...

Los mayores andaban cada cual a lo suyo: unos afanados en empaquetar lo que pudiera servir en sus nuevos hogares y otros, los que se quedaban, más desocupados que los anteriores y con un sentimiento de indefinible tristeza de ver que todo aquello terminaba, mezclado con la innegable envidia hacia quienes en pocas semanas se subirían al tren de la prosperidad, o al menos, del vivir dignamente, del “vivir con decoro”, como decían algunos.

En octubre ya no quedaba ningún chaval en el pueblo. Tres casas más se habían quedado sin almas en plena canícula, una porque ya murió la vieja retorcida y gruñona que no había querido seguir a los suyos cuando marcharon hacía unos tres lustros, antes de la expropiación. Otra, porque el padre consiguió un contrato en Alemania a través de un hermano que ya emigró cuando la guerra y, según le había contado, con llevar salud y ganas de trabajar en el macuto, no hacía falta otro equipaje. Saber firmar y cuatro palabras mal pronunciadas para encadenarse a una línea de montaje, convertían a cualquiera en apto, que allí no se iba a estar de palique sino a conseguir cifras de producción. Y la tercera, porque a la chica pequeña que trabajaba como sirvienta muy apreciada en una casa importante de Francia, le había sucedido el milagro de casarse – mejor dicho, de tener que casarse, porque el hijo de los amos tenía pintas de amanerado pero muy finamente se beneficiaba a la criadita que era discreta y bien conformada– según un arreglo que le buscó la señora: un viudo de notable apellido, con poco amor de sus hijos, todos ya emancipados, que a cambio de compañía y cuidados personales, reconoció como suyo lo que la moza llevaba en el vientre y no hizo ascos a los consuegros, a quienes colocó de jardineros en la selva de su desatendida maison bearnesa y, por si fuera poco, rehizo el testamento en favor de su nueva parentela y, por

supuesto, contra la voluntad de los de su sangre, que se quedaron con un palmo de narices ante la recién llegada y todo lo que le acompañaba.

Y la madre de esa criadita eficiente, que quedó convertida en ama por obra de un par de firmas para encajar un embarazo, no tenía ni idea de francés, pero se ponía muy oronda cuando allí la llamaban madame, porque a ella le parecía que ser madame, era más que ser señora y, además, haber cambiado el estiércol y las berzas de aquel mal palmo de tierra que casi no daba ni para la casa, por finas flores de colores caprichosos había sido un buen negocio. No les había sido tan inútil esa hija tardía que, cuando nació, hubieran preferido varón, pensaba.

-----

La casa de aquel chiquillo que marchó a estudiar con los frailes –el del mal parto, el del poema...-, quedaba en lo alto de una pequeña cuesta, la última de la única calle –a partir de la cual se habían llegado a congregar hasta veinte fuegos en los mejores tiempos-, en un privilegiado mirador sobre el escarpado paisaje de sacrificados aterrazamientos donde antaño el ímprobo esfuerzo de hombres y bestias había parido el breve terreno horizontal donde mantener los huertecillos domésticos de más hambre que pan, que encaramaban su vértigo hasta la ventana por donde el primer sol de cada mañana rozaba suavemente el reducido cristal. Ese cristal, visto desde el farallón de enfrente, parecía un baldosín colgado del muro, como si fuera un escudo mágico, un grial rupestre a través del cual se encauzara la luz antes de irrumpir libremente por todos los confines de aquella realidad que irremisiblemente se evaporaba, como si sus piedras se derritieran al mirarlas, como si fuerzas invisibles fueran sembrando lechos de ortigas para enterrar las pizarras caídas, los maderos vencidos, los bancales despeñados sin que ninguna mano acudiera a socorrerlos,

El último amanecer

incapaces de despertar en los últimos testigos algo más que un resignado encogimiento de hombros, un chasquido imperceptible, un doblegarse cada cual hacia adentro del alma, considerando lo próximo que estaba ya el final definitivo. El laberinto de pinos -¡ah, la repoblación forestal!- iba creciendo y amurallando el horizonte que desde el pueblo podía divisarse, uniformando el terreno, haciendo desaparecer detalles, matices, contornos, a medida que las cuadrillas de jornaleros progresaban en su labor y la naturaleza acogía como madrastra cívica a aquellos neófitos arbolillos no autóctonos que en pocas primaveras se consolidarían como reyes del paisaje.

Cuando en las ciudades se cantaba aquello de “borracho yo, tururú” al compás del vinilo y alguna tímida televisión se colaba por los hogares en el ecuador de los sesenta, ya sólo dos chimeneas respiraban todavía en el pueblo el menguado calor de cinco personas en total, una de ellas un anciano senil y atendido por sus sobrinas, dos hermanas solteras, enjutas de carne y alma y ambas con el corazón seco por traición de unos tratantes del aceite, sinvergüenzas en lo comercial y en lo moral, que las llevaron en palabras de boda hasta que consiguieron de ellas lo que ninguna hubiera contado más que al confesor en el lecho de muerte, pero se supo hasta en el otro valle cuando las esposas de ambos, primas entre sí y muy bien plantadas, se personaron a desenmascarar a aquel par de granujas vividores. Completaba el quinteto de angustiadas ánimas el matrimonio vecino, los padres del crío despabilado -que ya adolescente devoraba libros y sapiencia bajo la estrecha tutela frailuna-, con quienes apenas cruzaban palabra ni el tío chocho ni sus rancias parientas, desde que los bisabuelos o tatarabuelos de las respectivas familias tuvieran un siglo antes un conflicto por unos corderos y unos pastos... o algo así, que lo cierto es que ninguno de

los descendientes había conocido o recordaba ya la razón de aquel asunto que las dos partes enfrentadas habían heredado como cortina de hielo para agriar aún más el desolado entramado de sus existencias.

En pocos meses se instaló el abandono total: las hermanas incasables compraron un piso de protección oficial y además consiguieron plaza en una residencia para el tío, todo ello gracias a una inesperada herencia otorgada por una prima muy pendón en su juventud, reconocida como la vergüenza de la familia y a quien apodaban “la magra”, que había ganado buenos duros del modo más rápido que sus curvas le permitieron en un selecto burdel de localidad con puerto de mar y que remató su carrera emparejándose con un vejstorio ricachón y aficionado a la buena cama hasta que no le quedó resuello.

El matrimonio restante, por su parte, no tardaría en marchar una vez que el hijo terminó el bachillerato en los frailes con un brillante expediente académico que le encaminaba hacia la universidad. Una carta del muchacho les comunicaría que en el bloque donde vivían unos familiares de un compañero de estudios precisaban de porteros, ofreciendo a cambio vivienda, vacaciones, seguridad social... en suma, el polo opuesto a lo que hasta entonces había sido su cotidianeidad. Y ellos, como tantos otros del medio rural, se apresuraron en dar la única respuesta posible a tal planteamiento.

Una tarde otoñal en que se cumplió inexorable la severa amenaza de las nubes que levitaban sobre el arruinado conjunto como montañas invertidas prendidas del cielo, apuntando con el filo de sus vértices de agua opaca, bajó el padre protegiéndose con el inmenso paraguas a entregar un sobre en la estación. Hacía seis o siete años que

El último amanecer

ya no subía el cartero hasta allí. Antes había dos, que se dividían el valle y hacían la recogida y el reparto a día pasado, o sea, un día sí y otro no. Pero aquello de los dos carteros evocado bajo la espesura de aquel diluvio, ya era sólo un devaneo sentimental con lo anecdótico de un pasado. El hombre podía haber aguardado al día siguiente, pero la impaciencia por atrapar los asideros que la vida aún les reservara y la inquietud por no perder aquella oportunidad que les permitiría vivir de nuevo junto al hijo amado, fueron más poderosas que la lógica de quedarse simplemente a esperar que descampara, mirando tras el cristal, viendo la lluvia caer como baba sucia sobre los zarzales, ansiosa de empacharse del barro oscuro, lodoso y gris que olía a miseria, hasta que la noche y su negra paz vinieran a ocultar aquel desastre que al día siguiente ofrecería el fruto helado de un tejado hundido por aquí, otra pared caída por allí...

No habría pasado un mes cuando un día, de regreso tras haber dejado un paquete en el tren para el hijo, llegó el hombre a casa con la noticia: se iban. Nadie quedaba para decirles adiós. Mejor así. La casa ya hacía tiempo que les estaba expulsando: las goteras se reproducían, la techumbre pedía clemencia, el mobiliario se resentía de la carcoma... No aguantaron allí más de lo que tardaron en consumir lo que quedaba de adobo y lo que dieron de sí las chichas de dos conejos y una gallina añeja. ¡Nunca habían comido tan bien durante tantos días seguidos, ni tan siquiera en fiestas, ni en la comunión del chaval o en la matacía!

-----

La última noche el hombre puso el despertador de plato blanco con campana de moño para que sonara a las cinco de la mañana, cuando la oscuridad aún no hubiera replegado su velo de vahos moribundos de las madrugadas de aquel noviembre -que ya

había posado su nieve en las crestas- y al viento le habían crecido muchos dientes para hincarlos en aquel calvario desnudo que coronaba el monte ofrendado a los pinos. Preso del insomnio, repasó mentalmente todo lo que les aguardaba al día siguiente: a las ocho y media salía el tren. A las doce llegaba a su destino final en la capital de provincia. A las tres y media cogían el que por la noche les depositaría en una estación inmensa de una ciudad también inmensa... El chico acudiría a esperarles. En un taxi, a casa. ¿A casa...? ¿Cuánto tiempo habría de transcurrir hasta que aquel piso con cuarto de baño y calentador de agua fuera sentido como “su” casa...? Era majo y soleado, cuatro habitaciones en una séptima planta con la comodidad del ascensor. Les pareció un palacio en aquella visita de pocas horas. El mozo no les había exagerado en su carta. Y limpiar aquel patio de suelo de mármol blanquísimo, con aspirador para la alfombra, no sería tan difícil. Los cristales de la puerta donde figuraba el número de la casa en rojo, habría que tenerlos bien relucientes, que ya había dicho su mujer que allí se notarían mucho los dedos de los críos, como pasaba en el espejo de la reliquia del santo local, que por cierto, a saber dónde estaría todo eso de la custodia y el cáliz de plata, después de que marchara el último cura. Luego, con evitar que subieran pedigüeños, ser un poco amable con los vecinos y llevarse bien con todos, se podría vivir en paz... Y con lo que les pagaran seguro que aún les sobraría, después de estar acostumbrados a pasar con el aire, una miaja de cualquier cosa y un mucho de casi nada.

Ella tampoco durmió. Pero cada uno intuyó y respetó el íntimo monólogo del otro. Todo estaba listo: el último poso de café de puchero, para el desayuno, con azúcar y todo. Una pizca de tocino y el pan, para echar un bocado esperando al segundo tren, ya en la primera ciudad. Las sábanas y un par de mantas, en el baulillo... la ropa de ellos en la maleta, y como quedaba sitio, allí iban también el misal, el chisquero y la navaja de su difunto padre y las cartas que el chico les había escrito

El último amanecer

todos esos años desde el colegio. Y la pobre mujer, que aún conservaba la chaqueta de su boda como prenda de especial estima, sintió vergüenza de transformarse de aldeana en ciudadana con tan ridículo vestuario... Desde el techo, sirviendo como diana a la penumbra de la luna que campaba llena y glotona, le miraba una carraza de manzanas, vano olor que pendía ahorcado para poblar aquel reducto de inminente silencio eterno. Se levantó de la cama y subiéndose a una silla, desde la que se encaramó a la mesa, descolgó aquella fruta ayudándose con un gancho. Todas las piezas estaban sanas. Se las llevaría también.

La noche no tenía prisa. El pensamiento tampoco. En el lienzo del duermevela cada uno dibujaba sus recuerdos, sus temores, sus luces y sombras, su lamento, su vino amargo. Las tres. Lo pasado, a punto de quedar definitivamente enterrado se teñía de melancolía, de una delicada pátina que amortiguaba la aspereza vitalicia que a ellos especialmente les había tocado sufrir de sol a sol, de ocaso a ocaso: el incendio de la cuadra, el penoso nacimiento del hijo -¡cuánta nieve, toda la nieve allí, cortando el paso...!-, la renuncia a más descendencia, la marcha de todo el vecindario... y en contrapunto, en un revoltijo de fechas, surgía la fiesta de aquel bendito año en que los más hacendados se trajeron para ayudar en la cocina a una parienta lejana, de otra comarca, aunque también de cuna montañesa, una moza de recatados ojos bautizados de azabache y manos que bordaban la masa de los bizcochos, y el baile que un chavalote, ya cumplido el deber con la patria, con el chaleco de paño bueno y las botas embetunadas con ano de cerdo, se atrevió a hablarle al son de lo que interpretaban aquellos músicos sin partitura, que tocaran lo que tocaran, siempre sonaba al mismo chischispún...



Las cuatro. El tiempo era una estampa congelada. Ninguno sabía si sentían ansiedad o pereza. Los minutos goteaban solemnes. Las brasas más trasnochadoras se acomodaron bajo el cremallo, témpano lúgubre de hollines ya muy fríos y pretéritos. Unos cuantos erizones las avivarían poco después para calentar más la vista que el estómago en el frugal desayuno. Las hojas de pancha crujían levemente acolchando devaneos. En primavera regresarían a llevarse algo que pudiera servirles. Claro que, ¿para qué querrían una cadiera carcomida entre muebles de formica, o cabecero de cama tallado a mano en un dormitorio de paneles de aglomerado...? Ya verían qué hacían con aquello. Lo mejor sería que tan pronto marcharan, se cayera el tejado encima de todo y así se acabarían los interrogantes.

Y las cinco. El estruendo del despertador no llegó a romper la calma mortecina de una mañana todavía inexistente. Apenas les hubo sacado de sus noctámbulas reflexiones, el hombre lo hizo callar y lo metió en la maleta, protegiéndolo entre las ropas. Casi les molestaban sus propios pasos, las voces de su reducida conversación que se estrellaban contra los muros soñolientos que rechazaban las cosquillas del candil de sebo. Tanto había pensado cada uno en aquellos últimos momentos, que encarnarlos les parecía asistir a una función repetida. La vigilia paseaba por sus ojeras, alertas al frío tacto del aire y al olor a humedad. Obraban con desgana, como anestesiados, pero nerviosos a la vez, y tomaron el acuoso cafetucho más bien simulando hacerlo. Ella anudó el pañolón paquetero con lo que había apartado para parchear el hambre del día. Aún dejó las tenazas abiertas sobre la ceniza todavía humeante, como si con ello pudiera prevenir que algún maleficio mayor que el del abandono se asentara en la casa.

El último amanecer

Afuera, su marido ya había equipado al macho con las parihuelas que servirían para transportar lo más pesado. La mujer salió empujando un pequeño baúl que aún rezumaba mentas y manzanillas. Lo cargaron al animal. Al otro lado, equilibrando el peso, el reloj de pared envuelto en una manta. Ese reloj era un ejemplar que una generación antes había entrado en casa a lomos del contrabando. No en vano, sus mayores siempre habían estado en buenas relaciones con los carabineros. Hacía mucho que no funcionaba, pero la esposa del guardagujas, que tan bien se portó cuando lo del azaroso alumbramiento del chiquillo, se lo había pedido a sus dueños porque su padre murió muy joven en una avalancha de nieve pasando la frontera por la muga con uno así, que nunca llegó a la familia porque cuando en primavera apareció el cadáver, el reloj estaba echado a perder. No pudieron negarse a tal petición y aunque les hacía duelo desprenderse de él, consideraron que no estaban como para dejarse unos dineros en llevar a componer aquella maquinaria. Además, no sabían si semejante reloj resultaría de buen gusto en un piso de gran ciudad, donde se suponía que todo debía ser moderno y elegante.

- Y si tanto le gustaba a la mujer del guardagujas, ¿no podía haber subido su marido a buscarlo...? - preguntaba el hombre.

Pero ella, encogiéndose de hombros, le dio a entender que ya no tenían sentido esas consideraciones. El marido cogió en una mano la maleta atada con una soga. En la otra la vara, que servía tanto para apoyarse como para enderezar al jumento que, lleno de mataduras, contoneaba su último servicio bajo los colores indecisos del ganso amanecer. Ella se hizo cargo de un bolso –recuerdo de una de las mejores vecinas y que, como ignoraba que estuviera cuatro o cinco veces pasado de moda, reservaba

para las ocasiones especiales- y del pañuelo paquetero, habituado a transitar sus cuadros grisáceos y pardos por senderos de sobrealiento.

Sorteando las pizarras caídas anárquicamente, llegaron hasta el cementerio, a la espalda de la iglesia, en el otro extremo de la calle. La verja estaba encallada en el enredón de malas hierbas, y un lamento de óxido contestó el forcejeo de la mujer en el pulso por abrirla. Una oración sin palabras. Un santiguarse. Un beso que viajó fugaz en los dedos enrojecidos hasta la placa de esmalte desportillada en la intersección de los tramos de una cruz sofocada de verdín y maleza. Un adiós quizás para siempre.

Salió y se unió a su marido, que ya había reanudado la marcha calle abajo, sin poder evitar ninguno girar la cabeza hacia el ábside de la todavía insurrecta parroquial, en cuyo exterior, centradamente vertical, una grieta que parecía inyectada por un rayo fulminante, se incrustaba en la románica redondez como sanguijuela insaciable del sillarejo que, después de doce o trece años sin culto, luchaba cada vez con menos fuerzas, por eludir la llamada de la tierra horizontal, del polvo, de la nada.

Al tomar una curva desde la que ya se divisaba allá abajo la vía del tren, paralela al río que moviera las piedras del extinto molino, miraron al pueblo, que encorbaba su mellada fisonomía, náufrago entre los bojés y los pinos de la repoblación forestal de aquel valle declarado de utilidad pública. Ya casi en el llano, se cruzaron con el joven pastor –bueno, pastor por referirse de algún modo a sus quehaceres- que con un perro tuerto y lleno de pulgas subía a echar un vistazo por las ovejas que aún quedaba allá arriba porque sus dueños -de tres o cuatro casas- aún las mantenían. Ese muchacho avejentado era un pobre borrachín cuyo hospedaje oscilaba entre arrimarse a las sayas de su sufrida madre, muy mayor, reumática y asmática –y además viuda por

El último amanecer

una bala salida de un chivatazo de alguien que acusó a su marido de sindicalista-, y estar acogido por unas monjas de caridad, compadecidas de la anciana enferma, que lo aguantaban breves temporadas y lo expulsaban en cuanto llegaba empapado de alcohol y las llamaba putas. Por cuatro perras mal contadas, algunas familias emigradas confiaban a ese destalentado las cabezas de aquel rebaño diviso que a partir de entonces, tras la marcha de la pareja, disponía de un pueblo entero –o de lo que quedara- para hacer sonar la letanía interminable de sus cencerros desacompañados. Así, tenía el pobre chaval etílico cinco enclaves y, mejor o peor, iba tirando, sin tener que ver a sus jefes más que dos o tres veces al año. Pero también él, aun en su menguada lucidez, sabía que del tozuelo de esas malas reses huesudas colgaban campanas mortuorias y que esa situación de empleo tan precario sólo continuaría hasta que los viejos amos murieran y los hijos decidieran, como ya sucedió el otoño anterior con dos casas, deshacerse de aquellos corderos y cabras que poco o nada significaban desde las coordenadas de una ciudad con grandes avenidas y cada vez más coches rodando por ellas.

El pastor, con la colilla apagada entre sus labios reseco les hizo un ademán de saludo, emitiendo un sonido difícil de clasificar, más propio para dirigirse a bestias que a personas y levantó un poco la cabeza, pero sin llegar casi a mirarles con sus pupilas royas. Ellos, aunque sobraban las palabras, se detuvieron para una breve despedida, como si debieran pedir perdón porque ellos también desertaban de aquella batalla perdida.

- Pues nada, ¡qué se le va a hacer...!, ya me había llegado noticia de que ustedes también se marchaban...- farfulló el mozo. Y ya otra vez en marcha añadió:

- Por aquí me quedo yo, como el más tonto de todos, a subir y a bajar por estos andurriales, a dar vuelta por las jodidas cabras y esas ovejas machorras, y a vigilar que no se les caiga la iglesia encima, que además las de este pueblo suyo parecen unas comadres beatonas, que en cuanto las dejo salir, todas a meterse hasta el mismo altar, y el boque parece al mosén que les grita Kirieleison.

Y se alejó apartando al pobre chucho de un puntapié, riéndose él solo de sus gansadas.

La bruma trepaba como un volcán de espuma que quisiera eclipsar el tímido despuntar del sol. Pronto desaparecieron el pastor y el perro de su vista. Pronto desaparecerían también de su memoria.

-----

La mujer del guardagujas volvía a la casilla con un cubo de agua y con unas verduras bajo el brazo. Cuando les vio llegar, les hizo entrar sin poder disimular su impaciencia por aliviar al macho de su cargamento. Su marido, que salía en ese momento del dormitorio, ayudó al otro hombre a descargarlo. En la mesa de la cocina destaparon el reloj. Sí, era un reloj como ése el que su padre hubiera querido llevarles, explicó por enésima vez la nueva dueña.

Acordaron que el macho se quedaba también allí y que lo venderían lo mejor que pudieran y se repartirían el dinero entre los dos matrimonios. El guardagujas, de pocas palabras, hizo valer su papel en aquel trato: era evidente que aquella montura no valía lo que se comía cada día y que por él, si querían, que se llevaran al animal a

El último amanecer

donde se lo admitieran, que él lo aceptaba sólo por amistad, pero que si en dos semanas no lo había vendido, le metería un tiro y asunto arreglado.

Molesto el otro por lo que le pareció una bravuconada fuera de tono, le respondió que si después de tantos años de amistad en los que había dispuesto del pobre macho siempre que lo precisó, tan poco le interesaba ir a medias en la venta, lo mataba allí mismo y en paz, que también él podía dudar de si le llegaría la mitad del dinero o le haría una buena sisa.

Las mujeres, viendo que aquello se ponía un poco violento, intervinieron para apaciguar los ánimos. Tan contenta estaba la que se quedaba de recibir el reloj, que se llevó a la alcoba a la visitante y le regaló un par de zapatos respunteados y acordonados, de medio tacón, que le había enviado su hermano que trabajaba en una zapatería de la capital, pero le venían pequeños y aunque los tuvo en una horma, ni para aguantar una misa los podía llevar. La otra se los probó inmediatamente y como eran de su número, ya no se los quitó, como Cenicienta deseosa de entrar con buen pie en su nuevo universo. Las rendidas alpargatas de tela claveteada a la suela se quedaron también en casa del guardagujas, sin saber muy bien para qué servirían, pero por si acaso, mejor no tirar nada, convinieron ambas mujeres. La manta de cubrir el reloj y la vara de caminar pasaron a engrosar el lote.

Ya eran las ocho pasadas. No había tiempo que perder, pues aunque era raro el día en que aquel tren no llevaba un cuarto de hora de retraso, también sería fatalidad que precisamente esa mañana fuera a salir puntual. Se despidieron y las mujeres intercambiaron algún suspiro de moquita. La viajera dijo que pediría a su hijo que les

escribiera de vez en cuando. Los hombres acabaron cada uno su cigarro de picadura y se dieron la mano.

Se alejaron junto a la vía. Ahora era la mujer quien llevaba en una mano la maleta y en la otra el bolso dominguero y el pañuelo paquetero. Él se ocupaba del baúl que se colocó sobre un hombro. De lejos parecían una pareja de circenses errantes con sus útiles para salir a escena.

Pronto fueron nadie, como si el tren se los hubiera tragado.

-----

Unos cuarenta años después, unos jóvenes excursionistas, equipados con indumentaria y botas impermeabilizadas, van siguiendo una ruta con su GPS. Uno de ellos, de aire intelectual, dice que sus abuelos eran de esa zona. Se detiene y deja que sus compañeros sigan avanzando. Saca su móvil de la funda y lo alza apuntando hacia los restos casi inapreciables del campanario que corona ese monte. Hace una foto. La mira en el visor. Ha quedado bien. La retocará en el ordenador para darle más luminosidad.

Reanuda la marcha y, sin concesiones a la nostalgia, se pone los auriculares. No quiere oír el eco de la última campanada, del último llamador latiendo en una puerta. No quiere oír la mordida del silencio paseando por el despoblado en el que nació antes de nacer y del que, quizás ya en su primer llanto al llegar a este mundo, heredó una indefinible espina de tristeza.

-----